

ORIGINAL

OBRAS DE JEAN LAPLANCHE EN ESTA BIBLIOTECA

Vida y muerte en psicoanálisis

La angustia
Problemáticas I

Castración. Simbolizaciones
Problemáticas II

La sublimación
Problemáticas III

El inconciente y el ello
Problemáticas IV

En preparación:

La cubeta. Trascendencia de la trasferencia
Problemáticas V

Nuevos fundamentos para el psicoanálisis

La seducción originaria

Jean Laplanche

Traducción: Silvia Bleichmar

Amorrortu editores
Buenos Aires

Cap. 6, 7 y 8

FOTOCOPIADORA
18
CE
20/05/1981 I
Folio 81

0

8

28

VI. Fundamento y originario histórico: psicoanálisis y psicología

Fundar el psicoanálisis; vamos llegando allí poco a poco, a través de estos prolegómenos que pretenden ser también una «catártica». Y bien, si se debe afirmar que no puede ser fundado en aquello a partir de lo cual —sobre lo cual— se recorta, ¿quiere decir que se lo puede fundar directamente en lo que él se da por ser, en su inmediatez, o sea, en su práctica? ¿Se podría, sin más, extraer de esta práctica un saber positivo que no corriera en suma más que a sí mismo y a ella misma? Es sin duda, en cierto modo, la ambición de Freud o, en todo caso, uno de los

LO ORIGINARIO
DE LA CURA REMITE
NECESARIAMENTE
A UN ORIGINARIO
HISTORICO

aspectos según los cuales él *presenta* al psicoanálisis; pero, después de todo, entre presentar y fundar hay diferencias, como él sabe también recordárnoslo. Entre una presentación que se pretende explicación y un fundamento que quiere partir de los orígenes y construir el objeto ante nosotros, el encaminamiento es sin duda diferente. Comoquiera que sea, es claramente a partir de la situación analítica o a partir de los resultados inmediatos de esta situación como Freud se ve llevado con frecuencia, sobre todo en textos didácticos, a presentar el psicoanálisis.

No fundar el psicoanálisis sino en lo que él hace oír, más allá de las contingencias, como su situación *fundamental*, ¿no sería lo que yo he reiterado al hablar de la «cubeta», es decir, una situación que se funda a sí misma, que crea su propio campo y su propia clausura, el cierre de la sesión y de la cura analíticas? Es necesario sin embargo considerarlo un poco más de cerca en cuanto a la cubeta, porque se trata de una cerrazón totalmente relativa. No es cerrazón frente a la vida cotidiana en general, sino frente a esta en tanto movida por los «intereses». Pero, al mismo tiempo, esta cerrazón es una tangencia, es decir que todo lo que ocurre en la vida cotidiana encuentra allí su eco. Y, sobre todo, esta situación analítica es una apertura sobre otra cosa, apertura interpretativa, que se tiene que formular en los términos de deseo inconciente, pero también, y esto resulta capital, por referencia al pasado. La cubeta psicoanalítica está

forzosamente abierta sobre la dimensión del *pasado*, y la interpretación psicoanalítica no podría, aun si pretendiera permanecer sin cesar en el *hic et nunc*, olvidar esta referencia. Decir que es un pasado mítico, decir que abordamos un «niño mítico», está muy a la moda, pero al mismo tiempo es jugar con las palabras. Desde luego que nosotros mitificamos el pasado, pero a la busca de una verdad, a la busca de más verdad sobre el pasado. Ni al paciente en análisis, ni a aquel que nos interroga sobre nuestro saber, podemos responder simplemente que creamos mitos: «aquello de lo cual tenemos que dar razón es que el individuo humano sea mitizante (a veces: mitificante), que sea auto-mitificante. Ni 1) ese poder mitizante o teorizante (y empleo esos términos, por el momento, como equivalentes), ni 2) aquello sobre lo que recae, es decir, ¿qué hay para teorizar, cuál es ese residuo que resta por teorizar en el ser humano?, ni, por último, 3) sus orígenes, sus primeros pasos, podrían ser dejados sin respuesta. En otros términos, adherimos a la idea de que un fundamento del psicoanálisis sólo puede ser buscado en cierta historia, la historia de la aparición del sujeto psicoanalítico, aparición que debe ser situada por relación a una historia más vasta, pero, ella, no psicoanalítica: la historia infantil.

Una vez hecha esta opción general, nos es imposible seguir adelante sin examinar, con más detenimiento que en el caso de las llamadas ciencias conexas (que he reunido en definitiva bajo el término «morfismos»), la relación tan compleja —falseada, veremos por qué— del *psicoanálisis y de la psicología*, en particular la *psicología del niño*.

En este lugar avanzamos sobre un terreno mirado, aquel del «punto de vista genético» donde pululan los malentendidos sobre las palabras y sobre las cosas, donde se han sedimentado los efectos retroactivos más injustificados, pero también los más tenaces, donde una especie de consenso ha terminado por consolidarse acerca de tesis que terminan por tomar una apariencia indiscutible, como aquella, por ejemplo, de que el psicoanálisis sería una *teoría psicológica global*, unitaria, capaz de dar razón (y conminada a hacerlo) del conjunto del desarrollo del pequeño ser humano y, finalmente, del ser humano. Algunos psicoanalistas se mostrarían más bien prudentes en cuanto a esta reivindicación, pero otros se arro-

jan de cuerpo entero en esta respuesta a la demanda de una psicología general.

Hablé de un terreno minado, y por eso mismo no sé si avanzo demasiado lentamente o demasiado rápido; los

HISTORIA	términos como tales son sospechosos: historia, desarrollo, génesis,
DESARROLLO	origen, cada una de estas palabras
GENESIS	puede ser aceptada o rechazada,
ORIGINARIO	cada una puede ser tomada por el

buen lado o por el malo. Intentemos definir un poco aquello que vamos a utilizar, aunque nunca dejará de ser una cierta aproximación y tal vez dependa en parte del humor del momento. Desarrollo, se quiera o no, implica que algo se desenrolla (en alemán: *sich entwickelt*), que potencialidades ya presentes se despliegan, y ello en un orden predeterminado: desarrollo significa sucesión de etapas, de estadios. Seguramente «desarrollo» merece ser tomado por el mejor lado: no hay razón para rechazar esta noción, a condición de que no excluya las mutaciones, las reorganizaciones, los reestrenos; un desarrollo no implica necesariamente una continuidad: puede ser dialéctico. Desarrollo, además, no implica forzosamente que se trate de una unidad simple, monádica, según el modelo del grano o del germe, que fuera desplegando sus potencialidades aisladas. O, más exactamente, se puede tomar como suceso del desarrollo, incluir en esta unidad, subconjuntos: el tipo más frecuente para estas descripciones de un desarrollo será aquel que incluya, en la unidad de partida, a la madre o al ambiente, si nos referimos a un desarrollo de la relación hijo-madre. Es decir que existe sin duda un punto de vista del desarrollo y, legítimamente, una psicología del desarrollo. Se trataría más bien de volver a darle su lugar que *no es* psicoanalítico. Otorgarle su lugar es al mismo tiempo situar en otra parte al psicoanálisis, porque el fundamento para el psicoanálisis no puede ser encontrado en un desarrollo. La aparición del inconciente es un acontecimiento no inscrito en un programa, cualquiera que sea, ni aun cuando se incluya al organismo de la madre en ese programa.

¿«Psicología genética»? Es difícil encontrar en estas palabras una gran diferencia con «psicología del desarrollo». Seguramente el término de «génesis» iría más lejos: Génesis se dice en alemán *Entstehung*, surgimiento, incluso

creación.³² Como hay que decidirse entre sentidos flotantes, yo elegiré tomar la «psicología genética» como sinónimo de «psicología del desarrollo»: un dominio que no es directamente aquel del psicoanálisis incluso si el psicoanálisis interviene allí; pero es importante darle el sentido más fuerte a este *inter-venir*; él interviene como uno lo hace bruscamente en una sala para interrumpir a alguien: el psicoanálisis interviene en el desarrollo, el inconciente interviene en lo genético. Como no puedo depurar completamente mi lenguaje, no procribiré la palabra «génesis» en la expresión «génesis del inconciente», que no significa ese desarrollo del inconciente contra el cual acabo de tomar posición, sino por el contrario el advenimiento, el surgimiento de este.

«Historia». Aquí también el debate sería muy extenso y me limitaré a una breve mención. No rehúso decir que el psicoanálisis debe estar fundado en un punto de vista histórico, o sea que sitúe lo que detecta *por referencia* a una sucesión temporal. No pienso, si se afirma que el inconciente adviene, que uno pueda sustraerse de decir más o menos en qué momento, siquiera en un individuo determinado, y bajo qué forma se puede detectar esta intervención, ni, por lo mismo, de afirmar que antes de tal o cual época no estaba presente. No me referiré, en principio, a lo que se llama la «nueva historia», esta escuela moderna, fecunda por las innovaciones que aporta, y una de cuyas opciones más avanzadas parece ser una oposición a lo acontecual. Se pretende haber barrido lo acontecual, pero yo pienso más bien que uno lo ha puesto mejor en su lugar, situado por relación a sus condiciones de posibilidad, de surgimiento: la historia de las mentalidades o aun la arqueológica (en el sentido de Foucault) encuentra allí una de sus principales significaciones. El psicoanálisis, por su parte, en la medida (cierta) en que adopta también un punto de vista histórico, debe hacer suyos estos dos aspectos correlativos: lo acontecual, el trauma, los acontecimientos de la infancia siguen siendo un polo indispensable de nuestra referencia; pero intentamos también poner en evidencia, en situaciones más universales, algo que se asemejaría, *mutatis mutandis*,

³² Biblia obliga; aunque si echamos un vistazo a lo que hace Chouraqui para retraducir la Biblia, advertimos que el Génesis ha desaparecido y ahora es «*Entle*» el título de ese primer libro: neologismo osado.



a lo «arqueológico»: no sólo el marco en el cual se inscribe tal o cual acontecimiento, no sólo el fondo sobre el cual los acontecimientos vienen a recortarse; sino lo que permite a un acontecimiento existir, lo que le confiere su especificidad psicoanalítica.

Sólo en acepción descuidada se utilizaría, para eso no acontecía que funda al acontecimiento, el nombre de estructura, porque este ha quedado definitivamente (hay que lamentarlo) marcado por el sujetamiento estructuralista.³³ Por mi parte prefiero retomar el viejo término freudiano con la salvedad de reinyectarle algún sentido personal: aquel de lo originario del cual sabemos que viene a traducir el prefijo *Ur-* o bien el adjetivo *ursprünglich*. Lo originario es algo que trasciende el tiempo, pero que permanece al mismo tiempo ligado al tiempo. Desarrollaré la idea de una situación originaria, que, en mi opinión, debe dar razón de una intervención, de un surgimiento: tanto del inconciente como de la pulsión o, aun, del aparato del alma.

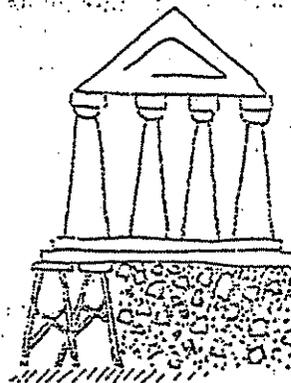
Acabo de fijar algunas palabras, pero eso nunca basta para disipar los malentendidos, muy en particular cuando se trata de los orígenes. Me refiero a las innumerables sedimentaciones, retrospectiones del adulto sobre el niño, acumulación de afirmaciones que a fuerza de ser repetidas (entiendo: tesis «psicoanalíticas») terminan por hacerse más opacas, más impenetrables, más consistentes que los hechos, se trate de las tesis del estado anobjetal o del narcisismo primario o aun de las tesis kleinianas. De estos deslizamientos, de estos paralogismos, de estos recubrimientos o confusiones de campo, Freud no está exento. No pocas perspectivas esclarecedoras son oscurecidas por esta confusión de puntos de vista. Pero si pasamos a la posteridad freudiana, desaparecen entonces los recaudos, las distinciones conceptuales, y —también y sobre todo— lo que he denominado, a propósito de Freud, «llamados al orden».

Formulemos otra vez nuestro punto de partida, porque es complejo: afirmamos que el fundamento del psicoanálisis no puede evitar referirse a una historia, que debe ser, en ese sentido, histórico o genético; pero esto

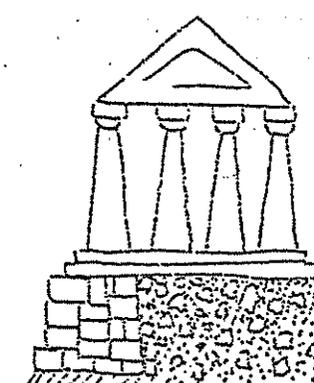
³³ J. Laplanche, «El estructuralismo ante el psicoanálisis», *Psychanalyse à l'Université*, vol. IV, n° 15, 1979, págs. 520-3.

FOTOCOPIADORA
C. E. N. C. E.

Folio 28 S/F D/F



Encofrado



Recimentación

VICARIO: - una nueva idea, prec. psic. y f. del otro o de la sustitución. // pref. // alternancia.

en el sentido de una génesis de lo originario y no en el sentido estrecho de la psicología genética. En otros términos, el fundamento del psicoanálisis no está en el aire; rehusamos la facilidad vehiculizada por la idea de mito, toda remisión a tiempos llamados «míticos», sea en la historia individual o colectiva. Pero al mismo tiempo el fundamento del psicoanálisis debe diferenciarse de una psicología del desarrollo, lo que sólo se consigue si se marca la especificidad de su objeto, es decir, el inconciente y la sexualidad.

EL VICARIATO DE LA AUTOCONSERVACION POR LA SEXUALIDAD...

Ahora bien, si este deslinda entre la génesis de lo originario y lo genético o perteneciente al desarrollo no es fácil, ¿cuál sería la razón profunda de ello? Es que todo el

movimiento del ser humano mismo consiste en rehabilitar o, si se quiere, en reinvestir, la vida psíquica en su conjunto con motivaciones sexuales en gran parte inconcientes. La sexualidad, enunciémoslo, viene a vicariar una autoconservación parcialmente faltante en el hombre. En este punto, propondré una imagen para ilustrar mi afirmación: pensemos en la construcción progresiva de un edificio en el curso de los siglos, incluso de los milenios, un palacio o un templo protohistórico con las remodelaciones y las adjunciones sucesivas que esta evolución trae consigo. Cada soberano, cada generación de sacerdotes agrega un estrato nuevo a la antigua construcción, pero con esta particularidad (indispensable para mi ejemplo): que entretanto se haya cambiado de técnica y de mate-

riales. Se ha pasado de la madera al adobe, de este a la piedra, sin mortero o con mortero, etcétera.

Evidentemente, si se construye en piedra sobre el ladrillo crudo, los cimientos se hundén. ¿Habr  entonces que rehacer todo de nuevo o será posible «recalzar»? Recalzar es, previo encofrado, excavar los cimientos para recimentarlos más sólidamente (hoy se «inyecta» hormigón sin haber cambiado nada en las superestructuras). Evidentemente aporto esta imagen para representar el «vicariato» de la autoconservación por la sexualidad en el ser humano. Una recuperación en recalce, sin embargo, no es totalmente lo mismo que el vicariato, porque ella se realiza de un solo golpe, en todo caso por grandes movimientos, en tanto que el vicariato se produce pedazo a pedazo y de manera progresiva: el desarrollo sexual del niño no pasa bruscamente y de una vez por todas a relevar, a sostener todo su desarrollo psicológico. Además el vicariato no es sólo un proceso temporal sino que vale también en la simultaneidad: a cada momento, en cada situación, las motivaciones sexuales inconcientes vienen a infiltrar, a inyectar, a dar coherencia a una autoconservación más o menos insuficiente. Existe entonces una tendencia, si no natural al menos espontánea, del ser humano a esta labor de recalce, que  s aun otro nombre para designar lo que yo llamo

... COMO FUNDAMENTO
REAL DE LA ILUSION
PANSEXUALISTA Y
PAMPSICOANALITICA

pansexualismo. El pansexualismo es un estado y un movimiento de la realidad humana antes de ser una aberración atribuida a Freud. En cuanto al pampsicoanalitismo,

no es sino la forma degradada del pansexualismo, cuando lo sexual, precisamente en ese movimiento de vicariato, ha perdido su vigor, ha sido degradado en «relación de objeto», es decir: cuando su distincion rigurosa respecto de lo no sexual no ha sido mantenida.

Es entonces por este sesgo muy preciso del vicariato, en el ser humano, de lo no sexual por lo sexual, como yo pretendo abordar, y pasar por el tamiz de la crítica, el vicariato epistémico de la psicología por el psicoanálisis. Si intento denunciar algunos errores epistemológicos que desembocan en la confusión de campos es con la advertencia solemne de no olvidar que esos errores remiten, como a su fundamento, al hecho de que *es el sujeto humano mismo* (como nuestro arquitecto) el que nos

induce a error porque ha cambiado los cimientos de su edificio.

Freud empleó en otro contexto (pero que no está tan alejado, se podría mostrar de qué modo), a propósito de la histórica y de la teoría de la seducción, el término de *πρῶτον ψεϋδος*; esto significa por supuesto primera mentira, pero también primer error o, como se diría, primera «mentira objetiva»; primera «falacia», he traducido yo a veces: la histórica no es alguien que miente por el placer de mentir, hay una mentira en la situación hister gena misma. Y bien, ampliando o desplazando este término, yo dir  que hay un *πρῶτον ψεϋδος en acto* en el ser humano, que funda el dominio psicoanalítico y que induce constantemente las recaidas epistemológicas que se nos aparecen como errores. Para desmontar estos errores, hay que aprehender su resorte. No se trata simplemente de volver a Freud, ya que él mismo es capturado en este movimiento de la falacia, como lo veremos en un ejemplo. Todos esos errores est n «bien fundados», es esto lo que intento mostrar; est n fundados en una propensión del ser humano, en un movimiento real: el movimiento del conocimiento tiende a realizar, a llevar a su culminación, un movimiento real.

SUPERPOSICIONES
ABUSIVAS
DEL PSICOANALISIS
Y DE LA PSICOLOGIA

Las ilusiones son varias, pero todas se resumen en una consigna: asimilar el psicoanálisis a una psicología general. En vista de que el psicoanálisis cree tener algo para decir acerca de todo, creo poder *intervenir* (retomo este término) en todo, es pretender, bajo ese pretexto, que él es todo y *actuar* para que, como saber general, intente realizar esta pretensión.

Desmontar esas pretensiones del psicoanálisis necesita algún desarrollo y, en primer lugar, mostrar que la situación no es totalmente la misma según que se hable del adulto, del niño o, aun, de la relación (epistemológica y también real) adulto-niño. Diversos procederes discutibles se proponen, que, por otra parte, se complementan.

El primero consiste en pretender extender los resultados adquiridos por el método psicoanalítico a una psicología general del adulto. Es esta una tendencia universal del movimiento freudiano: el aparato del alma es descri-

LA PSICOLOGIA
PSICOANALITICA
DEL ADULTO

El primero consiste en pretender extender los resultados adquiridos por el método psicoanalítico a una psicología general del adulto. Es esta una tendencia universal del movimiento freudiano: el aparato del alma es descri-

FOTOCOPIADORA

C. E. H. C. E.

S/F

D/F

Folio 28

to como aparato psíquico en general y, a partir de este aparato y sobre todo de sus partes, que son llamadas partes del «yo» o del «conciente-preconciente», se propiamente una explicación general de los comportamientos y de las acciones humanas. Reconocemos aquí la posteridad más oficial de Freud, con la escuela norteamericana, Hartmann, y con su psicologización máxima en el momento en que se encontró con un psicólogo demasiado feliz de hallar al fin una doctrina al alcance, Rapaport. Pero muchas otras escuelas van hacia el mismo resultado, aun si es bajo un aspecto diferente: los kleinianos no proceden de otro modo cuando piensan que no existe otra psicología que el psicoanálisis; y la tentativa tal vez la más formalizada, pero también la más generalizada, sería ciertamente la de Bion. Digo que se trata allí de una ilusión; pero, para el caso del adulto, es una ilusión relativamente bien fundada porque en el adulto estamos ante la incapacidad de delimitar un campo psicológico que no sea en fin de cuentas y sin cesar reinvestido, rehabilitado por motivaciones sexuales inconcientes. La extinción de una psicología adulta no psicoanalítica no es entonces un azar. Queda por saber sin embargo si, en esta extinción y en esta ampliación, no es también el psicoanálisis el que fenecce porque yerra la especificidad de su abordaje: precisamente aquella que lo aísla dentro de lo que hemos esbozado como una cubeta, en derivación sobre el campo de los «intereses», tangente a ese campo pero no confundido con él. Si no hay casi psicología del adulto que no apele mucho o poco al psicoanálisis, quedaría sin embargo por demostrar que no existe una psicología no psicoanalítica posible y articulable con el psicoanálisis. Si retomamos, por ejemplo, *La interpretación de los sueños*, nos sorprende la ambición que consiste en elaborar una psicología general del sueño, más allá del problema propiamente psicoanalítico de su interpretación. Además, no en vano el último capítulo se intitula «Psicología de los procesos oníricos». Una lectura moderna, renovada, muestra hasta qué punto se han dejado pendientes problemas propiamente psicológicos que se deberían retomar desde su base, con una descripción más exacta, fenomenológica, de lo que es verdaderamente el «sueño soñado».³⁴

³⁴ Nueva puesta en obra de la *Traumdeutung*, cuyo programa puede ser formulado.

REINYECCION
DE CONCEPTOS
PSICOANALÍTICOS
EN LA PSICOLOGIA
DEL NIÑO

Si el pampsicoanalitismo puede encontrar una excusa, para el caso del adulto, en el hecho de que este es completamente reinvestido por lo sexual, los procederes concernientes a la psicología del niño están más fundamentalmente viciados, se trate de retroproyectar los datos del psicoanálisis adulto sobre una psicología del niño o de confundir, en el dominio propio de la infancia, lo que es del orden del psicoanálisis y lo que es asequible a una psicología o a una psico-fisiología. Con, en esta última confusión, dos aspectos diversos según se produzca bajo la égida de conceptos surgidos de la situación psicoanalítica —se reconocerá aquí a Melanie Klein— o, en el otro extremo, en beneficio de conceptos bastardeados del tipo de «simbiosis» o «interacción». Estos diferentes procederes, en el fondo, no constituyen sino uno. Los conceptos extraídos del análisis, de la situación o de la observación psicoanalítica, aun incluso del psicoanálisis extra-cura, pueden provenir tanto del adulto (ejemplos son los conceptos de narcisismo, de autoerotismo o incluso los estadios de la sexualidad que provienen directamente del abordaje psicoanalítico del adulto) como del niño y del adulto (un ejemplo es Melanie Klein con sus «posiciones», conceptos extraídos de la situación analítica con el adulto o con el niño); siempre hay retroproyección o retro-inyección. Evidentemente lo que de teoría y de práctica se juega puede parecer diferente en los dos casos que hemos distinguido: según que los conceptos reinyectados falsamente en la infancia guarden o no su consistencia psicoanalítica. Si esos conceptos conservan su rigor (¿serían capaces de ello?), tenemos una falsa psicología psicoanalítica del niño que presenta a menudo el mérito de enarbolarse ese carácter «falso» bajo la oriflama del mito o del niño mítico. Encontramos representada esta tendencia en el número, ya antiguo pero muy instructivo, de la *Nouvelle Revue de Psychanalyse* sobre el niño.³⁵ En el otro caso, los conceptos reinyectados lo son al precio de un bastardeo que permite hacer más plausible la imagen del desarrollo así creado. Pero de hecho lo uno es tan peligroso como lo otro porque lo que ha fallado, claramente, es la articula-

³⁵ «L'enfant», vol. 19, 1979.

ción psicoanálisis-psicología. Estamos siempre en presencia de un mixto de uno y otra, es decir que hay siempre a la vez corrimiento [décalage] entre el niño psicoanalítico y el niño observado y bastardeo de los conceptos psicoanalíticos para intentar hacerlos coincidir con el lactante observado. Finalmente, estas dos soluciones, lejos de que una sea mejor que la otra, terminan por agravarse la una a la otra.

Hay entonces, más todavía a propósito del niño, una ilusión científica fundamental, ligada al πρώτον ψεύδος. El descubrimiento psicoanalítico, nunca se insistirá bastante en ello, es el del inconciente y de la sexualidad en el sentido que Freud le da. Lo que el psicoanálisis en situación puede describir (se hable del adulto o del niño, porque existe una situación analítica con el niño, Melanie Klein lo ha demostrado suficientemente) es cierto estado, son estadios, es cierta génesis, que de manera específica corresponden al sector propiamente psicoanalítico. A partir de ahí, la ilusión en los psicoanalistas, al menos para buen número de ellos, consiste en creer que pueden redescubrir esas situaciones, no como estadios de la sexualidad infantil (habría por otra parte que ponerlos en evidencia, lo que no es tan simple), sino como evolución de la relación generalizada del niño con su mundo. En este proceder, es otra vez el pansexualismo el que está en acto. Pero cada vez que el pansexualismo se pone en acto; cada vez que la sexualidad pretende que ella es todo (aquí: que los estadios de la sexualidad infantil son el todo de la relación del individuo con su ambiente) es que ella no es ya nada. Si el psicoanálisis es el todo de la psicología del niño, la sexualidad se disuelve ahí completamente, como lo hemos visto en todas las tentativas de pansexualismo y, en particular, en la de Jung:

INTOXICACION DE LOS
PSICOLOGOS POR EL
PAMPSEXUALISMO

Cosa curiosa, esta re-inyección ilusiona a los psicólogos mismos: no hay más que abrir cualquier obra de psicología del niño para ver los derechos de ciudadanía acordados,

en el mismo plano que a las tesis de un Piaget o de cualquier otro psicólogo de la observación directa o experimental, a lo que se ha convenido en llamar, sin peyorización, por otra parte, en estas obras, el modelo de inspiración psicoanalítica; sin empacho de yuxtaponer en ese modelo puntos de vista tan divergentes como los de Spitz,

Mahler, Winnicott, Melanie Klein, para no hablar de Freud, que está, pese a todo, un poco olvidado. Este derecho de ciudadanía acordado sin justificación alguna a tesis evolutivas supuestamente analíticas no es más que un homenaje indirecto a la fuerza de persuasión, de intoxicación, que emana del pampsexualismo cuyo dinamismo oculto es el pansexualismo espontáneo del ser humano.³⁶

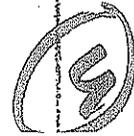
Estamos entonces en plena confusión, una confusión consentida en definitiva por los psicoanalistas (salvo aquellos que se refugian en el «mito») y por los psicólogos que aceptan utilizar parcialmente nociones y secuencias extraídas de una perspectiva psicoanalítica sobre el desarrollo de la sexualidad humana como si se estuvieran refiriendo a la misma cosa de que tratan ellos cuando hablan de la constitución del objeto o de la adquisición de relaciones lógicas. A partir de un común acuerdo entre los psicoanalistas-psicólogos de la infancia, y los psicólogos más experimentalistas, se opera un plegamiento entre los términos que esquematizo por medio de las dos columnas que expongo a continuación:

Objeto del Wunsch sexual (deseo)	Objeto de la necesidad y de la percepción: Percepción guía de la vida Percepción guía de la necesidad
(en tanto que Freud, como veremos, hace derivar lo uno de lo otro)	
Objetividad: hallar un objeto sexual según la vía trazada por el Wunsch	Objetividad: delimitar y poner, como independiente, un objeto perceptivo-motor (Piaget, etc.)
Cumplimiento llamado alucinatorio del deseo (cuyo modelo lo constituye el sueño)	Inserción de una etapa pretendidamente alucinatoria en el acceso a la realidad exterior
Narcisismo sexual	Ausencia de objeto real mentado, indiferenciación sujeto-objeto, simbiosis, etc.

³⁶ Cf., como un ejemplo, la parte teórica de una obra reciente como la de Annie Vinter, *L'imitation chez le nouveau-né*, Neuchâtel-Paris: Delachaux & Niestlé, 1985.

FOTOCOPIADORA
C. E. A. C. E.

S/F
D/F
Folio 27



Este plegamiento no es sólo confusión de conceptos, sino superposición de fases y de evoluciones. Toda la evolución es colocada a la sombra de una descripción freudiana que se aplicaba a la emergencia de la sexualidad. Pero, correlativamente a este imperio freudiano sobre el desarrollo, el freudismo es completamente vaciado de su sustancia porque toda la evolución es desexualizada.

VII. Un ejemplo notable de confusión: el estado «anobjetal»

Un ejemplo central: son las confusiones groseras vehiculizadas por las nociones de narcisismo y de narcisismo primario. Aquí, será necesario clivar a Freud mismo.

CLIVAR A **FREUD**
SOBRE EL NARCISISMO

¿Por qué razón otorgarnos ese derecho y pretender elegir «nuestro» Freud, o el «bueno» contra el «malo»? Este proceder sería total-

mente inaceptable si no demostráramos la existencia y el resorte del plegamiento antes denunciado y explicado. La elección por operar no es más que la operación inversa de la confusión que expusimos ampliamente.

Pero lo que legítima también este «clivaje» es la presencia, en textos fundamentales, de tal o cual pasaje errático, monitorio, del tipo «llamado al orden», «recuperemos la calma», donde se nos advierte que el psicoanálisis es algo diferente de lo que se acaba de describir y que, tal vez, la perspectiva debe ser invertida. Así, en el momento mismo en que ha soltado el término, por lo menos ambiguo y tal vez funesto, de «narcisismo primario del niño», Freud nos deja entender claramente que el único narcisismo en cuestión en «Su Majestad el bebé» es el narcisismo de los padres, que proyectan sobre este niño su propio amor de sí y, precisamente, sus difuntos «proyectos». Una lectura interpretativa y clivante se impone entonces, que atraviese los textos de Freud pero no, en modo alguno, según una demarcación cronológica: no hay, en particular sobre esta cuestión del narcisismo, un proto-Freud que fuera absolutamente puro, ni un deuterio-Freud totalmente olvidadizo de sí mismo, que estuviera «chocho». No entro entonces en la historia de este plegamiento y me conformo con remitir, por ejemplo, a ciertos textos, sobre todo a los del *Vocabulaire* con Pontalis («Auto-

erotismo», «Narcisismo», «Narcisismo primario y secundario»), que registran lo esencial de los textos freudianos. Y, del mismo modo, a un artículo muy agudo de B. Vichyn, «Nacimiento de los conceptos: autoerotismo y narcisismo».³⁷

¿Qué comprobamos en Freud? Una genealogía que se puede trazar así, y que después se hará compleja: autoerotismo, narcisismo, elección de objeto. Es una genealogía-cronológica, es una genealogía de sucesión; no se puede tergiversar pretendiendo que se trata de un falso tiempo o de una génesis mítica: es claramente una a continuación de otra como se proponen estas tres posiciones. Desde ahora vemos que el narcisismo, en esta genealogía, no está al comienzo; además, como se dice de un ladrón entre dos gendarmes, el narcisismo está bien «encuadrado» porque tiene lo erótico a ambos lados: tiene autoerotismo antes y elección de objeto después, y sabemos que para Freud esta no puede ser otra cosa que la elección de objeto de amor. Seguramente ustedes dirán que entre el autoerotismo anterior y el amor posterior habría también que justificar ese cambio de términos... Pero es precisamente el narcisismo el encargado de dar razón de ello.

EL AUTOEROTISMO
QUE, EL MISMO,
NO ES PRIMERO

Recordemos los cuatro aspectos que caracterizan al primer término, el autoerotismo o «estadio» —ya que hay que expresarse claramente así— autoerótico: hay sa-

tisfacción *in situ*, en tal o cual parte del cuerpo, en el lugar mismo en que la excitación se produce: lo que Freud llama placer de órgano. Se trata de una satisfacción no unificada, fragmentada, que no remite a otros órganos ni, con mayor razón, al conjunto del cuerpo, sino que se agota allí donde ella nace; es la imagen de un polípero de placeres. Por otra parte, como lo indica el prefijo auto, el autoerotismo no tiene objeto exterior, sea este una persona o, lo que es igual, un objeto parcial. Por último, la actividad autoerótica no se puede definir sin mencionar al fantasma, y aun al objeto fantasmático, lo que no es totalmente lo mismo. Demos testimonio de ello por el hecho de que ante todo comportamiento llamado autoeró-

³⁷ *Psychanalyse à l'Université*, 1984, vol. IX, n° 36, págs. 655-78.